

do en su Introduccion habia ofrecido una explicacion de las láminas, que si no es indispensable respecto de las de la obra del P. Duran, sí es muy necesaria en lo que se refiere á las diez y seis que forman el Apéndice.

Ya dije que el Sr. Ramírez quiso utilizar todos los tesoros relativos á nuestra historia que pudo encontrar en el extranjero. Él, que nos habia dado á conocer sus grandes conocimientos bibliográficos en su vida de Motolinía, su oportunidad para interpretar geroglíficos en su Apéndice al proceso de Alvarado, y su ciencia de nuestros monumentos en su explicacion de las antigüedades del Museo, era el más á propósito para utilizar tesoros estériles en otras manos.

Encontró documentos de grandísimo interés en Paris, en poder de Mr. Aubin, y consiguió que se litografiaran. Mr. Aubin tuvo una escuela en México hace unos cuarenta ó cincuenta años. Inteligente y dado á las antigüedades, hizo amistad con los frailes franciscanos, y pudo examinar su magnífica biblioteca: en ella encontró geroglíficos y manuscritos que los ignorantes frailes no tuvieron empacho en cederle. Basta un solo hecho para calificarlos: tenfan el único ejemplar que existía en México del *Tonalámatl*, y sin saber ni lo que posefan, se lo cambiaron á Mr. Aubin ¡por un ejemplar del Genio del Cristianismo, edicion con estampas de Cumplido!

Los códices de Mr. Aubin que se dieron á la stampa por las agencias del Sr. Ramírez, y que yo conozco, son los siguientes:

Historia del reino de Acolhuacan ó de Texcoco. Mapa Tloltzin. Pintura no cronológica. Tiene una vara y tres cuartas de largo, por media vara de ancho. Creo por la forma, que debe estar pintado en una piel. Es una historia de los acolhuas desde su estancia en Tzinacanoztoc hasta la época de la Conquista. Tiene escritas varias explicaciones en mexicano.

Mapa Quinatzin.—Semejante al anterior; pero dibujado en sentido inverso. Tiene una vara de largo por media de ancho.

Mapa de Tepechpan. Historia sincrónica de los señores de Tepechpan y de México. Larguísima tira que por su forma se conoce que es en el original de papel de maguey: está pintada con colores. Tiene los sucesos año por año, y llega hasta algunos años despues de la Conquista. Como los anteriores, tiene explicaciones en mexicano.

El Tonalámatl. Veinte láminas con colores. Este era el calendario de 260 dias, que arreglaba el ritual y las fiestas religiosas, y contenía la parte astrológica.

Un códice con colores de la historia de los mexicanos, desde el principio de su peregrinacion hasta el año de 1609, siguiendo la cronología año por año. Tiene 135 páginas, y explicaciones en mexicano. La traduccion

está en los Anales de México, coleccion de manuscritos que formó el Sr. Ramírez. En los mismos existen copias de tres manuscritos de Mr. Aubin: dos anales de los toltecas, y la historia del señorío de Teotihuacan.

Otro códice cronológico, unido al anterior y tambien con colores, que abraza desde Tenoch hasta el año de 1607.

Finalmente, el códice geroglífico que forma el Apéndice de la presente obra.

En vano se ha buscado la explicacion que ofreció el Sr. Ramírez, y todo induce á creer que no la escribió. Para suplir el estudio de una autoridad tan respetable, he sido yo encargado de hacer la interpretacion. Audacia ha sido la mia al aceptar: discúlpeme tan sólo el deseo de ayudar con lo muy poco que sé á la formacion de nuestra historia antigua, cuyos principales secretos andan todavía en códices inéditos y ocultos tras el simbolismo de los geroglíficos.

Es de suponerse que el presente códice lo adquirió Mr. Aubin de los franciscanos, y que el original, segun sus caracteres, es de la época de los mexicanos.

En cuanto á las materias de que trata, no pueden ser más importantes, y pudieran llamarse nuevas en cuanto que se encuentran en un solo cuerpo, y de ellas no hay sino noticias aisladas y esparcidas en las diversas crónicas. Es un ritual de las principales fiestas que los mexicanos celebraban á sus dioses en el templo mayor de la ciudad de Tenochtitlan, cabeza de su imperio, y centro de su grandeza y de su civilizacion.

CAPÍTULO II.

La religion de los mexicanos.—Sus trasformaciones históricas.—Su estado final.—El sacerdocio.—Su organizacion.—Su ingerencia en la vida civil.—Su influencia.—Las supersticiones.—La guerra sagrada.—Los sacrificios.

Los mexicanos fueron la última rama de una raza poderosa y sabia, que era tan vieja como el mundo: los nahoas. De ellos derivaban su idioma, sus instituciones, sus creencias y su religion. Eran los nahoas pueblo primitivo y de levantadas ideas: para crear sus dioses inspiráronse en los astros del cielo, y tuvieron por sus tres primeras deidades, al sol esplendoroso que los bañaba en olas de oro en la playa del mar en que vivían acariciados por las olas de zafir del más hermoso de los océanos; á

la luna que presidía sus ritos misteriosos, y era la lámpara de sus amores celebrados en lechos de rosas al pié de arrayanes y de palmeras; y á la blanca estrella de la tarde, que no fué para ellos la Aphrodite que nacía voluptuosa entre las olas del mar, sino una creacion más pura, la vírgen pudorosa que al mirarse sorprendida, cuando apénas comenzaba á brillar al caer la tarde, se hundía apresurada, á ocultar su hermosura en un lecho de algas salpicado de las estrellas fosforescentes del Océano. Así nacieron sus tres grandes deidades: *Tonacatecuhli*, *Tezcatlipoca* y *Quetzalcoatl*.

Nada más puro y nada más grande que las primeras concepciones religiosas de los pueblos: el *Tonacatecuhli* se convierte en el *Miclantecuhli*, en el dios de los muertos, para que los muertos tambien tuvieran su dios. La lluvia bienhechora, que á veces espanta con el trueno y deslumbra con el relámpago, se convierte en el dios *Tlaloc*, cuyo nombre expresivo parece un poema que entonan los labradores: *tlal-li*, tierra, *oc-tli*, pulque, vino: la lluvia es el vino de la tierra sedienta. Los caudalosos ríos que, precipitándose de lo alto de las sierras, bajan á su vez á fertilizar las llanuras, se tornan en la diosa *Chalchiuhlicue* ó *Chalchicueye*, la de la enagua azul, que pintaban con una cauda de un río que arrastraba en su corriente á un magnate, á un mercader y á una vírgen, simbolizando el curso de la vida que á todos nos arrastra hacia la muerte, de manera más poética que todas las poesías que se han entonado sobre la fragilidad de nuestra existencia. Ya las siembras de maíz, que se columpiaban acariciadas por los mansos vientos ofreciendo al hombre su alimento, hacían nacer á la diosa *Centeotl*; ya brotaba de entre las rosas, meciéndose entre ramas, la deidad de las alegrías, *Xochiquetzalli*; ya el fuego volcánico, que hacía retremblar la tierra lloviendo sobre ella cenizas y llamas, producía al severo dios amarillo, *Xiuhcúhtliltel*; ya en fin en estrecho y amoroso abrazo, *Cipactli* y *Oxomoco*, la luz y las tinieblas, el día y la noche, el sol y la tierra, hacían nacer el *Tonalámatl*, la flecha del *Nahui Ollin*, el tiempo.

Debió ser muy grande y muy feliz el pueblo que levantaba tanto su ánimo en concepciones tan bizarras. La *Citlalcueye*, la vía láctea, la de la enagua de estrellas, crea los astros; son los cometas, astros que van veloces como saetas; púéblanse los cielos de estrellas, de dioses y de luz; y en los dos últimos, en el *Omeyocan*, está invisible y omnipotente el *Ometecuhli*, el dios dos, el creador, el verdadero Dios. El alma es inmortal, y va á sufrir los espantosos viajes del *Mictlan*; los guerreros muertos en batalla van á vivir al sol; y los niños, miéntras vuelven á la vida, descansan bajo las ramas de un árbol que gotea leche. Todo es tierno, todo es grandioso, todo es sublime en aquella religion primitiva: los primeros so-

plos de la divinidad sobre las razas vírgenes, son algo como el primer beso de amor.

Desgraciadamente junto á la religion nace el sacerdocio; á la inspiracion del alma se sustituye el rito; la creencia se convierte en interes, y el dios en ídolo. El dios se personaliza, ya no representa la idea antigua, es ya un verdadero sér por cuya supremacía luchan sus sectarios; el dios invisible desaparece; sólo quedan aquellos que tienen una representacion real, una forma que pueda verse y tocarse; el alma del creyente se sustituye por su cuerpo, y el sacerdote se apodera de este cuerpo como presa propia, como botin de guerra, conquistado en no sé qué contienda de divinidades en que hay ejércitos más lúgubres y más espantosos que las huestes de Satan que nos pinta el genio de Milton.

Vemos así ya entre los toltecas, olvidada la explicacion de la lucha astronómica de *Tezcatlipoca* y *Quetzalcoatl*, convertirse en verdadera guerra religiosa. En vano un sér misterioso trae la predicacion del Evangelio, y tomando el nombre de *Quetzalcoatl*, con él se confunde. Esto encarniza la lucha. Las ideas se exageran y comienzan los sacrificios humanos. El pueblo y la raza degeneran, y triunfa la mala causa. Los *quetzalcoatl*, los sectarios de la idea nueva, son arrojados de ciudad en ciudad, de templo en templo, de pirámide en pirámide, de Tollan, de Teotihuacan, de Cholollan, y se pierden en el mar, profetizando venir más tarde conquistadores y triunfantes á plantar la cruz sobre las ruinas de las ciudades malditas. *Tezcatlipoca*, la deidad terrible y sanguinaria ha triunfado; pero la poderosa Tóllan ha desaparecido dejando una terrible herencia de sangre á los aztecas. *Tezcatlipoca* ya no es la apacible luna, sino el ídolo negro y espantoso; *Quetzalcoatl* ya no es la tierna estrella de la tarde, sino la ferroz culebra ornada de plumas; y ambos no son ya los dispensadores de la luz, sino dioses hambrientos de sangre humana y de sacrificios. *Cipactli* y *Oxomoco*, los padres del tiempo y de la vida, se convierten en buhos en el *Tonalámatl*. *Tlaloc*, el vino de la tierra, se presenta con el rayo destructor en la mano; y los aztecas traen para fundar su ciudad un dios más terrible aún, *Huitzilopochtli*, y una diosa que representa el más bárbaro de los crímenes, *Toci*.

Los aztecas salen de su lago natal impelidos por los graves trastornos que desmoronan para siempre el imperio tlapaneca, y salen ya con su dios. ¿No tenían acaso otras deidades que las plantas allá en su primitiva rudeza? Dos hechos nos lo hacen sospechar: en el geroglífico de la peregrinacion que existe en el Museo, su dios es la caña del agua, *Aácatl*, que se eleva sobre el *teocalli* de su mansion primitiva; en la primera lámina del códice del P. Duran, su dios es la flor del maguey, el ombligo

del magney, *mexi*, de donde tomaron su nombre de raza y á su principal divinidad *Mexitli*. En su viaje, encuentran el culto bárbaro de los tarascos en el Michuacan, y adoptan los sacrificios humanos: en el principio del geroglífico de su peregrinacion, se les ve ya arrancando el corazon del pecho de sus víctimas. Un valeroso caudillo los guía, *Huitzilopochtli*, el que usaba en el brazo izquierdo la pulsera de plumas de colibrí: lo deifican, lo confunden con su primer dios, y de *Huitzilopochtli* y de *Mexi* hacen uno solo, el terrible dios de la guerra.

La idea religiosa dominaba en los aztecas como en ninguna otra raza: su dios les manda emprender el viaje, y el sacerdote los guía; llegan á Tóllan y reciben en la lucha religiosa las inspiraciones de los sectarios de *Tezcatlipoca*, y hacen de él su dios de las almas, como *Huitzilopochtli* lo era ya de sus vidas y de sus cuerpos. Destruida Tóllan, peregrinan siempre buscando un lugar propicio á su dios: sólo él los preocupa. Cambian el principio de su ciclo al año *ome ácatl*, porque era el del nacimiento de *Huitzilopochtli*; y para darle víctimas inventan una nueva teofanía: hacen la guerra cada vez que llega el día de encender el fuego nuevo, para hacer cautivos que sacrificar á su dios. ¿Qué impulso religioso habrá sido necesario para hacer caminar á una raza durante cientos de años en busca del lugar designado por su dios? Naturalmente el sacerdote era el jefe, y era omnipotente porque el dios hablaba por su boca.

En su marcha incesante llegan á Chapultepec, hermoso cerro cubierto de vegetacion como canastillo de ramas depositado en medio de majestuoso valle; cércanle como centinelas, gigantescos ahuehetes de cana cabellera, tan viejos como la corona de montañas de pórvido que rodea el espejo de los lagos; albercas de cristalinas aguas brotan á su pié; y como dosel de terciopelo salpicado de lentejuelas de oro, cúbrelo en las tranquilas noches un purísimo cielo azul bordado de estrellas resplandecientes; mientras que allá al confín del horizonte dos colosos de piedra, el Popocatepetl y el Ixtacfhuatl, parece que con sus frentes de nieve sostienen la bóveda del firmamento. Lugar tan lleno de encantos hizo olvidar al pueblo los designios del dios. Asentóse allí la cansada tribu, y menospreciando el poder sacerdotal, eligió su primer rey á Huitzilfhuitl.

Severo fué el dios con la tribu olvidadiza. Llegó la fiesta del fuego nuevo, salieron los aztecas á la guerra, y fueron vencidos y cautivados, perdiendo á su rey en la refriega. La supremacía sacerdotal recobró su antiguo poder, y los cautivos aclamaron jefe al gran sacerdote Tenoch, que debía guiarlos hasta la ciudad prometida, imponiéndole su nombre, y haciendo que los aztecas prefirieran al de *mexica*, que venía de su dios, el de *tenochea* que derivaron de su jefe. La ciudad más poderosa del Aná-

huac unió al nombre de su dios el nombre de su fundador, y se llamó MEXICO TENOCHTITLAN.

Y como ya los dioses no se tomaban de los astros del cielo; así como de su caudillo hicieron el dios de la guerra, pidiéronle al rey de Culhuacan á su hija para convertirla en diosa, la sacrificaron, la desollaron, y llevaron á su mismo padre á que encendiese copal ante la nueva deidad *Toci*. La divinidad había bajado de los astros del cielo á los hombres de la tierra; la religion se hermanaba con el crimen y con el sacrilegio, preparando un espantoso y hasta entónces nunca visto culto de sangre.

El sacerdote fundó la ciudad en el islote que cruzaban dos corrientes de agua azul y cristalina, y el pueblo levantó inmediatamente el templo de su dios. Los mexicanos, en su servidumbre y en su pobreza, soñaban conquistas y grandezas; pero el primer móvil de sus ensueños era construir un templo digno de su divinidad, y traerle miles de cautivos para sacrificarlos en sus aras. Aquel grupo de hombres desnudos, escondidos entre las juncias del lago, y aquel pobre templo de techumbre de paja, debían convertirse ántes de dos centurias en asombro y terror de los demas pueblos, á los cuales habían de deslumbrar por su riqueza y espantar por su poder.

Natural fué, que durante la vida del gran Tenoch, nadie osara disputarle el mando: el sacerdote era el rey. Pero á su muerte encontramos un interregno, que claramente nos hace entender la lucha que sostuvo el sacerdocio para no abandonar el poder. Los elementos civiles de una sociedad ya establecida, y los elementos militares necesarios para su conservacion y grandeza, debían prevalecer, y al fin triunfaron: se eligió rey á Acamapichtli. El sacerdocio comprendió al dejar el poder, que para no perderse necesitaba organizarse, y que era preciso que la sociedad no se le escapara de entre las manos. Así lo hizo.

El fanatismo religioso, la supremacía de la divinidad, y el hacerse en todos los actos de la vida el instrumento de su voluntad, eran los medios seguros. Lo principal era apoderarse de la persona del rey. Para ser electo, necesitaba el que debía ser rey, haber sido educado en el *Calmecac*, es decir, en el colegio de los sacerdotes; y estos formaban parte integrante del consejo elector, llamándose los que este cargo tenían *tenamācazque* ó *papaoaque*. Así el rey y los demas señores eran en realidad escogidos por los sacerdotes entre los mexicanos que ellos mismos habían educado. Una vez electo el rey, necesitaba, previamente al ejercicio de su poder, llenar todas las formalidades religiosas, que ya solamente de los sacerdotes dependían. El rey quedaba ya en su poder. Conducíanle al templo de *Huitzilopochtli*, desnudo de toda ropa, para que comprendiese